

Anexo 1

Oración de Arrupe: Señor, enséñame

Señor: meditando el modo nuestro de proceder he descubierto que el ideal de nuestro modo de proceder es el modo de proceder tuyo. Por eso, fijo mis ojos en Ti (**Carta a los Hebreos cap. 12, 2**), los ojos de la fe, para contemplar tu iluminada figura tal cual aparece en el Evangelio. Yo soy uno de aquellos de quienes dice San Pedro: A quien amáis sin haberlo visto, en quien creéis aunque de momento no le veáis, rebotando de alegría inefable y gloriosa (**Primera Carta de Pedro cap. 1, 8**).

Señor, Tú mismo nos dijiste: Os he dado ejemplo para que me imitéis (**Evangelio de Juan cap. 13, 15**). Quiero imitarte hasta el punto de que pueda decir a los demás: Sed imitadores míos, como Yo lo he sido de Cristo (**Primera Carta a los Corintios cap. 11, 1**). Ya que no pueda decirlo físicamente como San Juan, al menos quisiera poder proclamar con el ardor y sabiduría que me concedas, lo que he oído, lo que he visto con mis ojos, lo que he tocado con mis manos acerca de la Palabra de Vida; pues la Vida se manifestó y yo lo he visto y doy testimonio (**Primera Carta de Juan cap. 1, 3; cf. Evangelio de Juan cap. 20, 25.27; 1, 14; Evangelio de Lucas cap. 24, 39; Evangelio de Juan cap. 15, 27**).



Dame, sobre todo, el *sensus Christi* (**Primera Carta a los Corintios cap. 2, 16**) que Pablo poseía: que yo pueda sentir con tus sentimientos, los sentimientos de tu Corazón con que amabas al Padre (**Evangelio de Juan cap. 14, 31**) y a los hombres (**Evangelio de Juan cap. 13, 1**). Jamás nadie ha tenido mayor caridad que Tú, que diste la vida por tus amigos (**Evangelio de Juan cap. 15, 13**), culminando con tu muerte en cruz el total abatimiento (**Carta a los Filipenses cap. 2, 7**), kenosis, de tu encarnación. Quiero imitarte en esa interna y suprema disposición y también en tu vida de cada día, actuando, en lo posible, como Tú procediste.

Enséñame tu modo de tratar con los discípulos, con los pecadores, con los niños (**Evangelio de Lucas cap. 7, 16**), con los fariseos, o con Pilatos y Herodes; también con Juan Bautista aun antes de nacer (**Evangelio de Lucas cap. 1, 41 – 45**) y después en el Jordán (**Evangelio de Mateo cap. 3, 17**). Como trataste con tus discípulos, sobre todo los más íntimos: con Pedro (**Evangelio de Mateo cap. 10, 2**), con Juan (**Evangelio de**

Marcos cap. 3, 16; Evangelio de Juan cap. 19, 26 - 27) y también con el traidor Judas (**Evangelio de Juan cap. 13, 26; Evangelio de Lucas cap. 22, 48**). Comunícame la delicadeza con que les trataste en el lago de Tiberíades preparándoles de comer (**Evangelio de Juan cap. 21, 9**), o cuando les lavaste los pies (**Evangelio de Juan cap. 13, 1 - 20**).

Que aprenda de Ti, como lo hizo San Ignacio, tu modo al comer y beber (**Evangelio de Marcos cap. 2, 16; 3, 20; Evangelio de Juan cap. 4, 8.31-33**); cómo tomabas parte en los banquetes (**Evangelio de Juan cap. 2, 1; 12, 2**); cómo te portabas cuando tenías hambre y sed (**Mt 4, 2**); cuando sentías cansancio tras las caminatas apostólicas (**Evangelio de Juan cap. 4, 6**), cuando tenías que reposar y dar tiempo al sueño (**Evangelio de Marcos cap. 4, 38**).

Enséñame a ser compasivo con los que sufren; con los pobres, con los leprosos, con los ciegos, con los paralíticos (**Evangelio de Mateo cap. 9, 36; 14, 14; 15, 32; 20, 34; Evangelio de Lucas cap. 7, 13**); muéstrame cómo manifestabas tus emociones profundísimas hasta derramar lágrimas (**Evangelio de Lucas cap. 19, 41; Evangelio de Juan cap. 11, 33.35.38**); o como cuando sentiste aquella mortal angustia que Te hizo sudar sangre e hizo necesario el consuelo del ángel (**Evangelio de Mateo cap. 26, 37 - 39**). Y, sobre todo, quiero aprender el modo como manifestaste aquel dolor máximo en la cruz, sintiéndote abandonado del Padre (**Evangelio de Mateo cap. 27, 46**).

Esa es la imagen tuya que contemplo en el Evangelio: ser noble, sublime, amable, ejemplar; que tenía la perfecta armonía entre vida y doctrina; que hizo exclamar a tus enemigos eres sincero, enseñas el camino de Dios con franqueza, no Te importa de nadie, no tienes acepción de persona (**Evangelio de Mateo cap. 22, 16**); aquella manera varonil, dura para contigo mismo, con privaciones y trabajos (**Evangelio de Mateo cap. 8, 20**); pero para con los demás lleno de bondad y amor y de deseo de servirles (**Evangelio de Mateo cap. 20, 28; Carta a los Filipenses cap. 2, 7**).

Eras duro, cierto, para quienes tienen malas intenciones; pero también es cierto que con tu amabilidad atraías a las multitudes hasta el punto que se olvidaban de comer; que los enfermos estaban seguros de tu piedad para con ellos; que tu conocimiento de la vida humana Te permitía hablar en parábolas al alcance de los humildes y sencillos; que ibas sembrando amistad con todos (**Evangelio de Juan cap. 15, 15**), especialmente con tus amigos predilectos, como Juan (**Evangelio de Juan cap. 13, 23; 19, 26**), o aquella familia de Lázaro, Marta y María (**Evangelio de Juan cap. 11, 36**); que sabías llenar de serena alegría una fiesta familiar, como en Caná (**Evangelio de Juan cap. 2, 1**).

Tu constante contacto con tu Padre en la oración, antes del alba, o mientras los demás dormían (**Evangelio de Mateo cap. 26, 36 - 41**) era consuelo y aliento para predicar el Reino.

Enséñame tu modo de mirar, como miraste a Pedro para llamarle (**Evangelio de Mateo cap. 16, 18**) o para

levantarle (***Evangelio de Lucas cap. 22, 61***); o como miraste al joven rico que no se decidió a seguirte (***Evangelio de Marcos cap. 10, 21***); o como miraste bondadoso a las multitudes agolpadas en torno a Ti (***Evangelio de Marcos cap. 10, 23; 3, 34; 5, 31 – 32***); o con ira cuando tus ojos se fijaban en los insinceros (***Evangelio de Marcos cap. 3, 5***).

Quisiera conocerte como eres: tu imagen sobre mí bastará para cambiarme. El Bautista quedó subyugado en su primer encuentro contigo (***Evangelio de Mateo cap. 3, 14***); el centurión de Cafarnaum se siente abrumado por tu bondad (***Evangelio de Mateo cap. 8, 8***); y un sentimiento de estupor y maravilla invade a quienes son testigos de la grandeza de tus prodigios (***Evangelio de Mateo cap. 8, 27; 9, 33***). El mismo pasmo sobrecoge a tus discípulos (***Evangelio de Marcos cap. 5, 15; 7, 37; Evangelio de Lucas cap. 4, 36; 5, 26; Evangelio de Marcos cap. 1, 27; Evangelio de Mateo cap. 13, 54***); y los esbirros del Huerto caen atemorizados (***Evangelio de Juan cap. 18, 6***). Pilatos se siente inseguro (***Evangelio de Juan cap. 19, 8***) y su mujer se asusta (***Evangelio de Mateo cap. 27, 19***). El centurión que te ve morir descubre tu divinidad en tu muerte.

Desearía verte como Pedro, cuando sobrecogido de asombro tras la pesca milagrosa, toma conciencia de su condición de pecador en tu presencia (***Evangelio de Lucas cap. 5, 8 – 9***). Querría oír tu voz en la sinagoga de Cafarnaum (***Evangelio de Juan cap. 6, 35 – 39***), o en el Monte (***Evangelio de Mateo cap. 5, 2***), o cuando te dirigías a la muchedumbre enseñando con autoridad (***Evangelio de Mateo cap. 1, 22; 7, 29***), una autoridad que sólo del Padre te podía venir (***Evangelio de Lucas cap. 4, 22.32***).

Haz que nosotros aprendamos de Ti en las cosas grandes y en las pequeñas, siguiendo tu ejemplo de total entrega al amor al Padre y a los hombres, hermanos nuestros, sintiéndonos muy cerca de Ti, pues Te bajaste hasta nosotros, y al mismo tiempo tan distante de Ti, Dios infinito.

Danos esa gracias, danos el *sensus Christi*, que vivifique nuestra vida toda y nos enseñe – incluso en las cosas exteriores – a proceder conforme a tu espíritu.

Enséñanos tu modo para que sea nuestro modo en el día de hoy y podamos realizar el ideal de Ignacio: ser compañeros tuyos, *alter Christus*, colaboradores tuyos en la obra de la redención.

Pido a María, tu Madre Santísima, de quien naciste, con quien conviviste treinta tres años y que tanto contribuyó a plasmar y formar tu modo de ser y de proceder, que forme en mí y en todos los hijos de la Compañía, otros tantos Jesús como Tú.

Pedro Arrupe s.j. (18 de enero de 1979)